

## ACTO PRIMERO

Cuando se abre el telón, el escenario se encuentra casi a oscuras, pero se vislumbran dos bancos de parque. También una papelerera redonda. Entra Marco por la derecha. Viste gabardina pero su aspecto general es astroso. Ronda los cincuenta años.

Saca un sobre del bolsillo, lo abre y lee en voz baja, asintiendo con la cabeza de manera exagerada. Mira a un lado y a otro. Hace un gesto escéptico hasta que repara en uno de los bancos. Se sienta en silencio y aguarda. Bosteza varias veces. Canturrea.

Canturrea. Mira a izquierda y derecha con disimulo. Se mete la mano por dentro del pantalón y la saca para olerla con deleite. Repite.

En ese instante entra Silvana. Lleva, abrigo, bufanda y bolso. Es de edad similar a Marco.

Da unas cuantas vueltas por el parque y se sienta en el banco de al lado.

Permanecen en silencio, mirándose fugazmente de vez en cuando. Hasta que Silvana saca el sobre y lo lee en voz baja.

Marco se levanta y se acerca a ella. Se lleva la mano al bolsillo y saca su sobre.

Marco.—Usted, usted también... (Señalando el sobre.)

Silvana.—(Levantándose y sonriente.) Sí. Parece que sí.

Marco.—¿Sabe si somos muchos?

Silvana.—No. No sé nada.

Marco.—Entonces está como yo. Quiero decir que yo... yo tampoco sé nada.

(Hay un silencio en el que ambos miran hacia otra parte).

Silvana.—Ponía a las ocho y media. ¿No?

Marco.—A las ocho y media en punto.

Silvana.—(Mirando el reloj.) Son las nueve menos diez.

Marco.—(Mirando el reloj.) A estas horas, no creo que venga nadie más.

Silvana.—¿Ni siquiera nuestro anfitrión?

Marco.—(Encogiéndose de hombros.) Supongo que no. Bueno, qué tal si nos presentamos. (Amable, extendiendo el brazo y ofreciendo la mano que se ha metido por dentro del pantalón.)

Silvana.—(Extendiendo el brazo.) Silvana.

Marco.—Silvana.

Silvana.—Sí.

Marco.—(Mirándola con detenimiento) Silvana.

Silvana.—(Algo atemorizada) ¿Sucedo algo?

Marco.—(Sin dejar de mirarla fijamente) ¡Silvana! Soy Marco. ¿Te acuerdas de mí?

Silvana.—No. No muy bien.

Marco.—Jugábamos aquí, en, en este mismo parque y en el barrio. No me digas que no te acuerdas. Los cigarros clandestinos en el Cine Monteamor, las escapadas por las noches a los Almacenes Santiago...

Silvana.—(Llevándose la mano a la barbilla.) Marco.

Marco.—Sí.

Silvana.—Marco.

Marco.—Exacto, Marco.

Silvana.—(Nerviosa.) Tú, tú eras el guapito. El guapito, ¿no? El que nos volvía a todas...

Marco.—(Meneando la cabeza de izquierda a derecha pero sin girar. Sonriente. Estirando los brazos unidos por las manos.) Bueno...

Silvana.—Marco. Nada más y nada menos. Pues no pasamos noches de adolescencia soñando que...

Marco.—Bueno... yo, yo también soñaba lo mismo. Soñaba que.

Silvana.—(Acercándose de él y mirándolo de arriba abajo. Dándole la vuelta. Negando con la cabeza.) Puto tiempo. Lo que es capaz de hacer. No tiene piedad con nadie. ¿Cuánto, cuántos años han pasado? Qué ruina.

Marco.—(Triste.) Treinta y cinco.

Silvana.—Treinta y cinco. (Mirándolo de nuevo.) Hay que ver de lo que son capaces treinta y cinco años. No te habría conocido ni aunque hubieras llevado una pancarta con tu foto de antes.

Marco.—Yo sí. No puedo decir que te haya reconocido en el momento en que has entrado porque lo menos que podía esperar es que estuvieras aquí. Me dijeron que te habías casado con un argentino y te habías ido a vivir a la Pampa

Silvana.—A la Pampa, leches. Me fui a Buenos Aires. He pasado veintiséis años allí. ¿Y tú? ¿Qué ha sido de ti?

Marco.—De mí...

Silvana.—Sí. ¿Estás casado? ¿Tienes hijos? ¿Tienes buen coche? ¿Eres feliz? ¿Trabajas en una multinacional? Todas esas preguntas.

Marco.—No.

Silvana.—No qué.

Marco.—No a ninguna.

Silvana.—(Riéndose) No estás casado, no tienes hijos, no tienes buen coche, no trabajas en ninguna multinacional... ¿y qué haces?

Marco.—Nada. No lo estoy pasando bien... últimamente. Mis últimos treinta y cinco años más o menos no han sido demasiado satisfactorios.

Silvana.—Bah. Todo cambiará. Ya verás.

Marco.—¿Cambiará? ¿Cuándo cambiará? Ya no estamos a tiempo de que cambien muchas cosas, Silvana.

Silvana.—Claro que sí.

Marco.—(Negando con la cabeza.) Ojalá.

Silvana.—¿Por eso viniste? ¿Por eso... hiciste caso a la carta?

Marco.—No sé. No te puedes imaginar la de veces que regreso al barrio. No vivo lejos, a lo mejor es por eso que vuelvo y vuelvo tras las huellas del pasado, como si pudiera encontrar aquí aquella felicidad perdida. Husmeo por los rincones, miro en las caras, a los ojos a la gente... pero no encuentro nada.

Silvana.—Vale, no te pongas melancólico, Marco. (Pensativa.) Y qué se hizo del hijo puta aquel, ¿cómo se llamaba? El que... ya sabes. El que estaba todo el día en el apeadero (Haciendo gesto con la mano como si se masturbara.), dale que te pego, dale que te pego... dale que te pego.

Marco.—Había muchos que iban al apeadero.

Silvana.—Muchos... (Como con nostalgia. Y dirigiéndose después de manera enérgica hacia él.) Tú no ibas, claro. Tú lo tenías todo. Bastaba con que levantases la mano,

chasquearas los dedos para hacerte con una decena de nosotras. Estábamos allí esperando con los picos abiertos como pajaritos en el nido. (Haciéndolo con la boca.) Y nada. Eras de pedernal... Pero el que yo te digo, el hijo puta, estaba siempre allí, parecía que tuviera Párkinson.

Marco.—¿Isaac? ¿Era Isaac?

Silvana.—(Como nerviosa.) ¿Isaac? No. No. No. Isaac no. Isaac era el grande, ¿no? El Toro.

Marco.—Ese.

Silvana.—Pues no. Aquel...

Marco.—Lo mataron.

Silvana.—Qué.

Marco.—(Llevándose la mano al cuello como si le hubieran cortado el gaznate.) En su casa. Entraron y lo mataron.

Silvana.—¿Cómo, cómo que lo mataron? ¿Querían robarle? ¿Tenía cuentas pendientes, se metió en drogas...? ¿En juego? ¿Quién pudo hacer algo tan... tan horrible?

Marco.—No fue tan horrible el hecho en sí como el modo. No te puedes ni imaginar. Hacía tres meses que se había quedado viudo. Alguien entró en su casa. Le pusieron unas esposas...

Silvana.—¿Unas qué? (Haciendo con la mano pabellón en el oído.)

Marco.—(Cogiéndose las muñecas.) Unas esposas. Lo encadenaron y le... (Llevándose las manos a ambos lados de la cara y cogiéndose los lóbulos.) cortaron las dos orejas y el rabo. Fíjate qué casualidad.

Silvana.—¿Por que casualidad?

Marco.—Nosotros lo apodábamos Toro y al final acabaron cortándole las dos orejas y el rabo. No me digas que no...

Silvana.—(Retirándose dos pasos.) Por favor, Marco, qué barbaridad. Cómo piensas esas cosas.

Marco.—No hay mucho que pensar. Nosotros lo apodábamos así, y eso es lo que sucedió. La asociación es inmediata.

Silvana.—Terrible. Terrible. (Melancólica y mirando hacia el infinito.) Cómo pudieron hacer algo así...